

XII. ORACIÓN Y LA PALABRA DE DIOS

«¡Con cuánta constancia encontramos en las Escrituras palabras como “campo”, “semilla”, “sembrador”, “segador”, “tiempo de siembra”, “cosecha”! Al emplear tales metáforas se interpreta un hecho de la naturaleza mediante una parábola de la gracia. El campo es el mundo y la buena semilla es la Palabra de Dios. Ya sea que la Palabra se hable o se escriba, es el poder de Dios para salvación. En nuestra obra de evangelización, el mundo entero es nuestro campo, toda criatura es el objeto del esfuerzo y todo libro y tratado, una semilla de Dios.» — DAVID FANT, JR.

LA PALABRA de Dios es un registro de la oración: de hombres que oraban y sus logros, del mandato divino de la oración y del ánimo dado a aquellos que oran. Nadie puede leer los ejemplos, mandamientos, casos y declaraciones multiformes que conciernen a la oración, sin darse cuenta de que la causa de Dios, y el éxito de Su obra en este mundo, están encomendados a la oración; que los hombres de oración han sido los vicegerentes de Dios en la tierra; que los hombres sin oración nunca han sido usados por Él.

La reverencia por el santo Nombre de Dios está estrechamente relacionada con una alta estima por Su Palabra. Esta santificación del Nombre de Dios; la capacidad de hacer Su voluntad en la tierra, como se hace en el cielo; el establecimiento y la gloria del reino de Dios, están tan involucrados en la oración hoy como cuando Jesús enseñó a los hombres la Oración Universal. Que «los hombres deben siempre orar y no desfallecer» es tan fundamental para la causa de Dios hoy, como lo fue cuando Jesucristo consagró esa gran verdad en los escenarios inmortales de la Parábola de la Viuda Insistente.

Así como la casa de Dios es llamada «casa de oración», porque la oración es el más importante de sus santos oficios; así mismo, la Biblia puede ser llamada el Libro de la Oración. La oración es el gran tema y contenido de su mensaje a la humanidad.

La Palabra de Dios es la base, así como es el directorio de la oración de fe. «Que la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros con toda sabiduría», dice San Pablo, «enseñándoos y amonestándoos unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor».

A medida que esta palabra de Cristo que mora en nosotros en abundancia es transformada y asimilada, se convierte en oración. La fe se construye de la Palabra y del Espíritu, y la fe es el cuerpo y la sustancia de la oración.

En muchos de sus aspectos, la oración depende de la Palabra de Dios. Jesús dice:

«Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho.»

La Palabra de Dios es el punto de apoyo sobre el cual se coloca la palanca de la oración, y mediante la cual las cosas son poderosamente movidas. Dios se ha comprometido Él mismo, Su propósito y Su promesa a la oración. Su Palabra se convierte en la base, la inspiración de nuestro orar, y hay circunstancias bajo las cuales, mediante la oración insistente, podemos obtener una adición o una ampliación de Sus promesas. Se dice de los santos del pasado que «por la fe obtuvieron promesas». Parecería haber en la oración la capacidad de ir incluso más allá de la Palabra, de llegar incluso más allá de Su promesa, a la mismísima presencia de Dios.

Jacob luchó, no tanto con una promesa, sino con el Prometedor. Debemos asirnos del Prometedor, no sea que la promesa resulte vana. La oración bien puede definirse como aquella fuerza que vitaliza y energiza la Palabra de Dios, asiéndose de Dios mismo. Al asirse del Prometedor, la oración reemite y hace personal la promesa. «No hay quien se despierte para asirse de Mí», es el triste lamento de Dios. «Asírese de Mi fortaleza, para que haga paz conmigo», es la receta de Dios para la oración.

Por mandato de las Escrituras, la oración puede dividirse en la petición de fe y la de sumisión. La oración de fe se basa en la Palabra escrita, porque «la fe es por

el oír, y el oír por la Palabra de Dios». Recibe su respuesta, inevitablemente: la mismísima cosa por la cual ora.

La oración de sumisión carece de una palabra definida de promesa, por así decirlo, pero se ase de Dios con un espíritu humilde y contrito, y le pide y le suplica aquello que el alma desea. Abraham no tenía una promesa definida de que Dios perdonaría a Sodoma. Moisés no tenía una promesa definida de que Dios perdonaría a Israel; por el contrario, estaba la declaración de Su ira y de Su propósito de destruir. Pero el líder consagrado prevaleció ante Dios cuando intercedió por los israelitas con oraciones incesantes y muchas lágrimas. Daniel no tenía una promesa definida de que Dios le revelaría el significado del sueño del rey, pero oró específicamente, y Dios respondió definitivamente.

La Palabra de Dios se vuelve eficaz y operativa mediante el proceso y la práctica de la oración. La palabra del Señor vino a Elías: «Ve, muéstrate a Acab, y enviaré lluvia sobre la tierra». Elías se mostró a Acab; pero la respuesta a su oración no llegó hasta que hubo presentado su ardiente oración ante el Señor siete veces.

Pablo tenía la promesa definida de Cristo de que «sería librado del pueblo y de los gentiles», pero lo encontramos exhortando a los romanos de manera urgente y solemne concerniente a este mismo asunto:

«Os ruego pues, hermanos, por el Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios; para que sea librado de los incrédulos en Judea, y que la ofrenda que llevo a Jerusalén sea acepta a los santos.»

La Palabra de Dios es una gran ayuda en la oración. Si está alojada y escrita en nuestros corazones, formará una corriente de oración que fluye hacia afuera, plena e irresistible. Las promesas, guardadas en el corazón, han de ser el combustible del cual la oración recibe vida y calor, así como el carbón, almacenado en la tierra, ministra a nuestro consuelo en días de tormenta y noches invernales. La Palabra de Dios es el alimento por el cual la oración es nutrida y fortalecida. La oración, como el hombre, no puede vivir solo de pan, «sino de toda palabra que sale de la boca del Señor».

A menos que las fuerzas vitales de la oración sean suministradas por la Palabra de Dios, la oración, aunque sea ferviente, incluso vociferante en su urgencia, es, en realidad, débil, insípida y vacía. La ausencia de fuerza vital en el orar puede atribuirse a la ausencia de un suministro constante de la Palabra de Dios para reparar el desgaste y renovar la vida. Aquel que quiera aprender a orar bien, debe primero estudiar la Palabra de Dios y guardarla en su memoria y pensamiento.

Cuando consultamos la Palabra de Dios, encontramos que ningún deber es más vinculante ni más exigente que el de la oración. Por otro lado, descubrimos que ningún privilegio es más exaltado, ni hábito más ricamente reconocido por Dios. Ninguna promesa es más radiante, más abundante, más explícita, más a menudo reiterada, que las que están unidas a la oración. «Todas las cosas, cualesquiera» se reciben por la oración, porque «todas las cosas cualesquiera» son prometidas. No hay límite a las provisiones incluidas en las promesas para la oración, ni exclusión de sus promesas. «Todo aquel que pide, recibe.» La palabra de nuestro Señor tiene este efecto que lo abarca todo: «Si pedís algo en Mi Nombre, Yo lo haré.»

Aquí hay algunas de las declaraciones exhaustivas e integrales de la Palabra de Dios acerca de la oración, las cosas que han de recibirse por la oración, y la fuerte promesa hecha en respuesta a la oración:

«Orad sin cesar»; «perseverad en la oración»; «perseverando en la oración»; «en todo, por oración, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios»; «orad siempre, orad y no desfallezcáis»; «los hombres deben orar en todo lugar»; «orando en todo tiempo, con toda oración y súplica».

¡Cuán claras y fuertes son aquellas declaraciones puestas en el registro divino para proveernos una base segura de fe, y para urgir, constreñir y animarnos a orar! ¡Cuán amplio es el alcance de la oración, tal como se nos da en la Revelación Divina! ¡Cuán estas Escrituras nos incitan a buscar al Dios de la oración, con todas nuestras necesidades, con todas nuestras cargas!

Además de estas declaraciones dejadas en el registro para nuestro ánimo, las páginas sagradas están repletas de hechos, ejemplos, incidentes y observaciones que enfatizan la importancia y la necesidad absoluta de la oración, y ponen énfasis en su poder que todo lo prevalece.

El máximo alcance y el pleno beneficio de las ricas promesas de la Palabra de Dios deben ser humildemente recibidos por nosotros y puestos a prueba. El mundo nunca recibirá los plenos beneficios del Evangelio hasta que esto se haga. Ni la experiencia cristiana ni la vida cristiana serán lo que deberían ser hasta que estas promesas divinas hayan sido plenamente probadas por aquellos que oran. Mediante la oración, traemos estas promesas de la santa voluntad de Dios al ámbito de lo real y lo verdadero. La oración es la piedra filosofal que las transmuta en oro.

Si se pregunta qué se debe hacer para hacer reales las promesas de Dios, la respuesta es que debemos orar, hasta que las palabras de la promesa sean revestidas con el rico atuendo del cumplimiento.

Las promesas de Dios son demasiado grandes en su totalidad para ser dominadas por una oración esporádica. Cuando nos examinamos, con demasiada frecuencia descubrimos que nuestra oración no está a la altura de las demandas de la situación; es tan limitada que es poco más que un mero oasis en medio del yermo y del desierto del pecado del mundo. ¿Quién de nosotros, en nuestra oración, está a la altura de esta promesa de nuestro Señor?

«De cierto, de cierto os digo: El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12).

¡Cuán completa, cuán trascendente, cuán abarcadora es! ¡Cuánto hay aquí para la gloria de Dios, cuánto para el bien del hombre! ¡Cuánto para la manifestación del poder entronizado de Cristo, cuánto para la recompensa de una fe abundante! ¡Y cuán grandes y llenos de gracia son los resultados que pueden derivarse del ejercicio de una oración creyente y proporcionada!

Miremos, por un momento, otra de las grandes promesas de Dios, y descubramos cómo podemos ser sostenidos por la Palabra mientras oramos, y

sobre qué firme fundamento podemos estar para presentar nuestras peticiones a nuestro Dios:

«Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

En estas palabras exhaustivas, Dios se entrega a la voluntad de Su pueblo. Cuando Cristo se convierte en nuestro todo en todos, la oración deposita los tesoros de Dios a nuestros pies. El cristianismo primitivo tenía una solución fácil y práctica de la situación, y obtenía todo lo que Dios tenía para dar. Esa solución simple y concisa está registrada en la Primera Epístola de Juan:

«Y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibiremos de Él, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él» (1 Juan 3:22).

La oración, unida a la obediencia amorosa, es el camino para poner a Dios a prueba, y para hacer que la oración responda a todos los fines y a todas las cosas. La oración, unida a la Palabra de Dios, santifica y hace sagrados todos los dones de Dios. La oración no es simplemente para obtener cosas de Dios, sino para hacer santas aquellas cosas que ya han sido recibidas de Él. No es meramente para recibir una bendición, sino también para poder dar una bendición. La oración hace santas las cosas comunes y sagradas las cosas seculares. Recibe las cosas de Dios con acción de gracias y las santifica con corazones agradecidos y servicio devoto.

En la Primera Epístola a Timoteo, Pablo nos da estas palabras:

«Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque es santificado por la palabra de Dios y por la oración» (1 Timoteo 4:4, 5).

Esa es una declaración que da un no rotundo al mero ascetismo. Los buenos dones de Dios han de ser santos, no solo por el poder creador de Dios, sino también porque son hechos santos para nosotros por la oración. Los recibimos, los apropiamos y los santificamos por medio de la oración.

Hacer la voluntad de Dios y tener Su Palabra permaneciendo en nosotros es un imperativo para una oración eficaz. Pero se podrá preguntar: ¿cómo hemos de saber cuál es la voluntad de Dios? La respuesta es: estudiando Su Palabra, guardándola en nuestros corazones y dejando que la Palabra more en nosotros ricamente. «La exposición de Tus palabras alumbrá» (Salmo 119:130).

Para conocer la voluntad de Dios en la oración, debemos ser llenos del Espíritu de Dios, quien intercede por los santos, y en los santos, conforme a la voluntad de Dios. Estar llenos del Espíritu de Dios, estar llenos de la Palabra de Dios, es conocer la voluntad de Dios. Es ser puestos en tal disposición de mente, es hallarse en tal estado de corazón, que nos capacite para leer e interpretar rectamente los propósitos del Infinito. Tal llenura del corazón, con la Palabra y el Espíritu, nos da una visión de la voluntad del Padre, nos capacita para discernir rectamente Su voluntad, y pone dentro de nosotros una disposición de mente y corazón para hacer de ella la guía y la brújula de nuestras vidas.

Epafras oró para que los colosenses pudieran estar «firmes, perfectos y completos en toda la voluntad de Dios» (Colosenses 4:12). Esto es prueba positiva de que no solo podemos conocer la voluntad de Dios, sino que podemos conocer toda la voluntad de Dios. Y no solo podemos conocer toda la voluntad de Dios, sino que podemos hacer toda la voluntad de Dios. Podemos, además, hacer toda la voluntad de Dios, no ocasionalmente o por un mero impulso, sino con un hábito de conducta asentado. Aún más, esto nos muestra que no solo podemos hacer la voluntad de Dios externamente, sino de corazón, haciéndola con alegría, sin reticencia, ni desgana secreta, ni ningún retroceso o retención ante la presencia íntima del Señor.